

Title	Relación del P. Alejandro Valignano, S. J. sobre su Embajada a Hideyoshi (1591)
Author(s)	Alvarez-Taladriz, J. L.
Citation	大阪外国語大学学報. 28 p.43-p.60
Issue Date	1972-01-25
oaire:version	VoR
URL	<a href="https://hdl.handle.net/11094/80445">https://hdl.handle.net/11094/80445</a>
rights	
Note	

*Osaka University Knowledge Archive : OUKA*

<https://ir.library.osaka-u.ac.jp/>

Osaka University

## Relación del P. Alejandro Valignano, S. J. sobre su Embajada a Hideyoshi (1591)

J. L. Alvarez-Taladriz

### I

La famosa misión que los señores de Bungo, Arima y Omura enviaron a Europa (1582-1590), recibió el impulso inicial del Padre Visitador de la Compañía de Jesús Alejandro Valignano y a él correspondió también clausurar el viaje, al combinar el regreso de los jóvenes emisarios con una embajada del Virrey de la India, de la que él solo fue embajador y los enviados a Europa simple compañeros en viaje de regreso a su patria. La llegada concurrente de uno y otros a Japón no por haber sido planeada por el Padre Alejandro y no fortuita permite la confusión de ambos acontecimientos. Los emisarios de los tres mayores señores cristianos de Kyushu cumplieron su cometido en los señoríos de donde procedían y con toda separación de ello, el Padre Alejandro Valignano llevó la embajada de que estaba investido a Hideyoshi, quien le recibió en cuanto representante del Virrey de la India don Duarte de Meneses—fallecido tres años antes de rendirse su embajada—insistiendo en el carácter civil y no religioso de esta representación, con la advertencia expresa de que no se tratara de asuntos relativos al cristianismo. Hideyoshi, “Quabacundono” y sus consejeros procedieron, del principio al fin, de acuerdo con este deslinde tajante, y toda la negociación, en cuanto embajada civil entre autoridades de este tipo, no ofreció dificultad mayor. Las tentativas del Visitador Valignano de rebasar ese objetivo para conseguir la revocación o atenuación del decreto persecutorio de 1587 no sólo no tuvieron éxito sino que pusieron en peligro el crédito sobre la autenticidad de la embajada civil. La oposición a veces y la confusión en otras de esta doble toma de sentido de la presencia del Padre Valignano en su segunda visita a Japón se percibe aquí y allá en la correspondencia del Visitador a la curia romana de la Compañía. La *Historia* del Padre Luis Frois, que cubre estos acontecimientos, como fue escrita después de concluidos sus principales episodios, al relatar lo sucedido en cada uno de ellos lo hace teniendo en cuenta inevitablemente que sabía cuál fue el resultado en que desembocó la circunstancia aislada de cada momento o etapa del desarrollo total, y por tener a mano lo que sucedió después se remonta desde este dato conocido a la interpretación de las situaciones que le precedieron. No ocurre así, no podía ocurrir, con las varias cartas inéditas del Padre Valignano referentes al desarrollo inconcluso de su gestión en la llevanza de la embajada del Virrey y en las medidas de gobierno de la misión japonesa, mientras continuaba vigente la prohibición del cristianismo. La incertidumbre, la inseguridad ante la pendiente y demorada resolución final de Hideyoshi, la congoja misma del Padre Visitador por el cúmulo de dificultades que impiden o amenazan la obra evangélica, se muestran en casi todas las cartas de este tiempo, entre el 3 de marzo de 1591, fecha de la audiencia de Hideyoshi, hasta su partida de Japón, el 9 de octubre de 1592. Aquí publicamos uno de tales escritos comprendido en dicho período, con triple fecha, de primeros a fines de octubre de 1591, según el original conservado en el Archivo Romano de la Compañía de Jesús, signatura: Jap. Sin. 11 II, ff. 244-252v.

II  
CARTA DEL PADRE ALEJANDRO VALIGNANO

Nagasaki, 6, 9, 22 de octubre de 1591  
AL PADRE CLAUDIO AQUAVIVA  
Prepósito General de la Compañía de Jesús  
Muy Reverendo en Cristo Padre

Pax Christi, etc.

Porque por una parte me parece que estará V. R., con todos los demás Padres y Hermanos de la India y de Europa, con gran deseo de saber el suceso que este año tuvimos en Japón y el fin de nuestra embajada, y por otra parte, por lo que hasta ahora se ve, la nao no se podrá despachar de este puerto de Nangasaqi sino muy tarde, de manera que cuando llegara a la China serán ya partidas todas las naos que de allá van para la India, me pareció escribir una carta relatando sumariamente lo que ha acontecido hasta ahora, y mandarla por diversas vías por algunas somas de chinas, que este año vinieron a diversos puertos de Japón, y también por otras que van para los Luzones, para que alguna de estas vías llegue a ese Amacao o a los Luzones antes que de allá partan las naos y pueda mandar V. R. a Roma a nuestro Padre, por lo que digo no trataré en esta mas que breve y sumariamente lo esencial de nuestro estado, pues estas cartas son inciertas y el tiempo ahora no da lugar para más.

Primeramente, como V. R. tendrá sabido por el Anua del año pasado, yendo yo con los demás compañeros para visitar a Quambacundono, con los presentes que el Virrey le mandaba, llamado por su orden por Yquinocamy y Canganocamy, que son dos señores principales gentiles, que tienen la superintendencia de este puerto de Nangassaqi, llegados que fuimos a Muro, que es un puerto que está encomendado a Riuça, cristiano y padre de nuestro Agostino Chunocamyndono, señor de la mitad del reino de Fingo, hallamos por noticias allí que los dichos Yquinocamy y Canganocamy eran partidos de la corte para venir a sus estados, que están en estas partes del Ximo, para de allí llegar al despacho de la nao, que entonces estaba aquí (aunque después no llegaron a aquí) y así nos cruzamos en el viaje, supimos también que otro señor, llamado Asanodanjo, que, como el año pasado escribimos, tenía tomado nuestro negocio a su cargo, y es el más privado y poderoso hombre que tiene Quabacundono, no había tornado aún de la guerra de Quantó, donde lo dejó Quabacundono después de haber sujetado aquellos reinos, para dar orden a algunas cosas que le encomendara, y porque después de la partida de Quabacundono, tratando de poner en ejecución dichas cosas, se volvieron a levantar diversos señores en un reino de aquellos que llaman de Voxù, fue por eso forzado a detenerse allá para hacer la guerra, y no pudo regresar a la corte al tiempo que tenía determinado, de manera que nos hallamos a un tiempo sin aquellos dos primeros que nos habían escrito que fuésemos, y sin este otro que era nuestro principal defensor, por lo cual fuimos forzados a detenernos dos meses enteros en Muro, con la esperanza que nos daban de Miaco que en seguida vendría Assanodanjo, mas como finalmente vino noticia que había de invernarse allá, fuimos forzados a buscar otro remedio, y así por vía de Quanbioyndonno, que nos tenía encomendados a Assanodanjo, y por ser él cristiano y no podía por sí mismo introducirnos delante de Quabacundono, fuimos encomendados a otro señor gentil, llamado Maxitayemon, también privado de Quabacundono, por el cual fuimos llamados el primer día de la Cuaresma a Miaco, estando ya para partir Quabacundono de ahí a tres días para el reino de Oary, que está cuatro jornadas más adelante de Miaco, para dar orden y mandar socorro al dicho Assanodanjo. Mostró Quabacundono alegrarse grandemente con nuestra llegada y se detuvo algunos días más para hacernos un recibimiento solemne, y al cabo de ocho días que habíamos llegado nos dio audiencia y recibió con gran pompa y solemnidad, estando presentes los principales señores de Japón, y con los cuales quedamos allí yantando, y Quabacundono al tiempo de presentarle los presentes, mostrando gran alegría y contento, me mandó dar doscientas barras de plata, y

para los dos Padres, compañeros míos, a cada uno ciento, y para los dos Hermanos, que iban por intérpretes míos, a cada uno treinta barras //f. 244v // de plata, y a todos los demás cinco barras con un vestido, que llaman *quimón*, a cada uno, de los cuales también dio cuatro para mí, y dos a cada uno de los Padres, y como cada barra de esas son cuatro taeles y tres mases montaron las que dio a nosotros cinco de la Compañía dos mil taeles poco menos, además de quinientos y tantos que se repartieron entre los portugueses, que no fue pequeña ayuda para los gastos que en nuestra ida se hicieron. Finalmente mostró en aquel día sumo contento, especialmente con el caballo, y procedió tan liberal y benignamente y con semblante tan alegre que en seguida se esparció la fama por todo Japón que los Padres estaban restituidos y que Quabacundono había tornado a darnos nuestros lugares en Miaco, Osaca y Sacay, aunque no fue así, como después diremos. Y quiso también oír la música de los cuatro hidalgos, a los cuales mostró muy gran amor y afabilidad, especialmente a Don Mancio, diciéndole por dos veces que quería que se quedase con él, y tratando con ellos largo rato, y vivimos algunos días con angustia temiendo que los había de detener consigo, mas Don Mancio, con mucha prudencia y buen modo, le dio por dos veces tal desvío que quedaron salvos. Nos mandó también ciento y treinta *gocus* de arroz, que son doscientos y sesenta fardos, para ayuda de los gastos, y pasaron otras muchas particularidades, que se dejan para la carta ánuá. Y entendiendo que la nao era partida, dijo que, pues había tanto tiempo hasta venir otra nao, descansase donde yo quisiese ir para Nangasagi, dejase yo ahí uno de los dos intérpretes para él darle la respuesta cuando viniese de Oary, donde fue en seguida al día siguiente, y nosotros nos detuvimos veinte días en Miaco después de su partida, donde concurrieron infinidad de cristianos y hombres forasteros de todas partes a dar el parabién y para confesarse, pareciendo a todos que ya estamos restituidos. Mas él en seguida, la misma tarde, dijo unas palabras al Hermano Juan Rodríguez, que era intérprete, de las cuales entendimos que daba largas a nuestras restitución. Finalmente tardando él tanto en regresar, por parecer así a los señores cristianos como a los mismos gentiles, que con él tenían privanza, mandándose primero a pedir licencia a Oary, regresamos a Nangasagi, dejando al P. Organtino y al H. Juan Rodríguez, con dos Hermanos japoneses, para tratar de la respuesta y de nuestro negocio, esperando que también entretanto vendría Assanodanjo, sin el cual no parecía bien tratarse de nuestro negocio y solicitar la respuesta que Quabacundono había de dar al Virrey.

Con la nueva de tan grande y honroso recibimiento comenzaron en todas las partes los cristianos a volver a levantar cruces y a hacer nuevas iglesias, y fue tanto el alborozo que en todas las partes se vio, incluso en los gentiles, que realmente si Quabacundono nos restituyera se haría gran parte de Japón cristiano, porque así en Miaco como en otras partes por donde pasamos, muchos y grandes señores quisieron oír la predicación y se determinaron a ser cristianos, diciendo que sólo esperaban esta restitución y respuesta de Quabacundono, y muchos hidalgos y personas principales, sin hacer cuenta con esto, se bautizaron. Volvimos nosotros aquí e hicimos la fiesta a Arymandono y Omurandono, entregándoles los presentes que les mandaba Su Santidad, y entretanto vuelto Quabacundono de Oary a Miaco comenzó a declarar que holgaba de tener comercio con el Virrey, mas que por cuanto este reino era de los *Camis* no quería que estuviesen en él Padres, pues predicaban contra sus *Camis* y *Fotoques* y destruían los templos y dioses de Japón, de manera que los señores cristianos de Miaco aconsejaron al P. Organtino que no solicitase la respuesta porque se entendía que no había de darla buena y se esperase que entretanto viniese Assanodanjo. Y así hasta ahora, que son 5 de octubre, no tiene todavía Quabacundono dada esta respuesta, aunque ya tenemos nuevas que ha mandado preparar algunas cosas para enviarlas de presente al Virrey, y que también ha hecho escribir la respuesta en que dice que ellos tienen aquí leyes buenas y que por venir los Padres a predicar aquí leyes contrarias, destructoras de los *Camis* y *Fotoques*, los había hechado él de Japón y no querían de ningún modo que estuviesen aquí, y si quedase alguno de ellos, o volviese

a venir aquí a predicar esta ley, los había de mandar matar sin quedar memoria de ellos, y que el Virrey // f. 245 // lo tuviese por bien así. Y aunque el P. Organtino me escribió que ya tenía escrita esta carta y estaba para despacharlos con esta respuesta y con los presentes que mandaba al Virrey, hasta ahora, como digo, no ha venido.

En este tiempo podrá V. R. entender lo que pasaba entre nosotros y los cristianos porque sin duda nos vimos, y vemos hasta ahora, en grandes trabajos, aunque como en medio de ellos no falta de hallarse Nuestro Señor, conforme a lo que tiene prometido, especialmente cuando se padece por su amor, tampoco deja de comunicarnos a todos su ayuda y gracia con que podamos pasarlos.

Por un gran trecho de tiempo vivimos con gran esperanza que si bien Quabacundono no nos restituyese del todo nos dejaría en paz en estas partes del Ximo, pero después cada día se fue declarando más y mostrándose pesado y contrario a nuestras cosas, hasta llegar a decir que por este año, y mientras yo estaba aquí, que había venido con esta embajada del Virrey, tendría paciencia y no innovaría contra nosotros ninguna cosa, mas que como partiese la nao haría inquisición y mandaría deshacer todas las iglesias que se hallasen y matar a todos Padres y cortar de raíz esta ley que predicamos en Japón. Y realmente, por lo que entonces nos dijo y mostró, parece que además de tener contra nuestra ley esta mala voluntad no faltaron agujas ferrugientas que en este tiempo le fueron irritando y aguzando contra nosotros: el primero fue Yquino-camy, que tiene la superintendencia de Nangassaqi, como arriba dijimos, el cual tomando muy mal que por medio de Quambioyndono fuésemos encomendados para ser presentados a Quambaco, volviendo después a Miaco se juntó con otro señor gentil, enemigo de nuestra ley, llamado Maxita Feyemon, y ambos nos acusaron a Quambaco, diciéndole que los Padres estaban en todas las partes como primero haciendo cristiandad sin tener cuenta de sus mandatos, y otras cosas diversas con que le hicieron entrar en gran enfado y desconfianza. El segundo fue Tocun, que por otro nombre se llama Yacoyn, que es un hombre viejo, rapado, que tiene por oficio buscar mujeres a Quambaco, y por esta y por otras vías entró tanto en su gracia, que aunque es físico y hombre particular es sin duda el hombre más favorecido y privado que él tiene, y que con más familiaridad y libertad trata con él y que puede decir lo que quiere, por donde todos los señores y grandes de Japón le hacen presentes y le tienen en mucha cuenta. Este fue la causa principal de nuestro destierro, como se escribió los años pasados, porque quiso llevar una doncella hidalga, cristiana, de Aryma, a Quambaco cuando estaba en Facata, y como ella, por consejo de un Padre, se escondió y no quiso ir, dio tal relación contra nosotros a Quambaco que nos hizo desterrar, y porque fue bonzo de Fieyenoyama, todo metido en sensualidades y cosas de esta vida, sin creer ni querer sentir que se diga que hay otra vida, es gran enemigo de nuestra ley y tiene siempre muy mal oficio contra nosotros con Quabacundono, y por mucho que por nuestra parte se ha procurado hacerle amigo, y en lo exterior siempre corrió muy bien conmigo después que vine aquí, con todo por dentro nos hizo siempre muy mala obra, y no solamente nos hizo mal oficio con Quabacundono, que ha dicho muchas veces que de ninguna manera han de estar Padres en Japón, mas personalmente y por recados ha hecho grandes amenazas a Arymandono y a Omurandono, reprendiéndolos porque nos tienen en sus tierras, y diciéndoles que sin duda se han de perder si no nos expulsasen de ellas, y que partida la nao ha de hacer Quabacundono gran inquisición y gran justicia contra los Padres y contra los que les tuvieren en sus tierras, y Quabacundono tiene dicho muchas veces diversas palabras semejantes, y está el negocio tan crudo delante de Quabacundono que no hay ninguna persona que ni por pensamiento se atreva a hablar por nosotros delante de él. Y las mismas amenazas ha hecho Yacoyn a Agostin Chunocamyndono, y estos señores que tienen cuidado de Nangassaqi y de los tonos de Firando y de Gotto, diciendo que se han de perder si tuvieren Padres en sus tierras, y, en fin, nos fue atajando todas las partes por donde pudiésemos tener algún remedio; y con quedar nuestros //f. 245v // negocios desesperados

delante de Quambaco y con estas tan frecuentes amenazas de Yacoyn, a quien todos estos temen poco menos que al mismo Quambaco, estamos puestos nosotros con toda esta cristiandad en grandes trabajos, porque no vemos hasta ahora ningún remedio humano, y lo que más nos atormenta es el peligro en que por nuestra causa están todos estos señores cristianos que nos tienen en sus tierras, porque, como ellos no tienen fuerza para poder resistir a Quambaco y no tenemos otro lugar en que estar sino en sus tierras, corren muy cierto peligro de perderse si Dios, Nuestro Señor, no ataja de alguna manera los pasos y mala voluntad a este Quambaco, porque en sabiendo que quedamos en Japón después de partida la nao en las tierras de estos señores es cierto, si Dios no le muda el corazón, que los ha de destruir y matar o a lo menos les ha de quitar sus tierras, y como con el destierro de los señores quedan también desterrados y perdidos todos sus parientes, hidalgos y criados, por ser esta la costumbre de Japón, quedan todos ellos perdidos y muriendo de hambre, y por lo consiguiente destruida toda la cristiandad de sus tierras. De manera que puede V. R. considerar el estado en que estamos, pues o hemos de dejar Japón o hemos de poner en peligro cierto a toda esta cristiandad.

Mas como Nuestro Señor siempre acude en los mayores trabajos no deja tampoco en esta gran tribulación de confortarnos y consolarnos:

1. Primeramente comunicando a los Padres y Hermanos todos un corazón muy fuerte y determinado de morir mil veces y padecer todas las incomodidades y trabajos antes que desamparar esta cristiandad de Japón, y tras esto comunicando también a los señores cristianos especialmente a Arimandono y Omurandono, Chunocamyndono y a Amacuçandono, esta misma voluntad de antes morir y quedar perdiendo sus estados que desamparar a los Padres y echarlos de sus tierras en este tiempo, y cierto que quedamos espantados y en gran manera admirados de hallar en estos señores cristianos tan gran fidelidad y constancia en este tiempo, porque viendo claramente el peligro en que están y entendiendo que no tienen ningún remedio para defenderse si Quambaco los quisiese matar y tomarles sus tierras, antes quieren meterse a todo riesgo que sufrir que los Padres sean echados de sus tierras, confiando solamente en la fe y esperanza, que Dios les da, que finalmente ha de acudir y no ha de permitir que se pierdan ellos y la cristiandad de sus tierras por conservar en ellas a los Padres, y Arimandono me decía los días pasados que de ninguna manera puede dejar de esperar que Dios le ha de ayudar y conservar pues por amor suyo pone en peligro su vida y estado, y cierto que se puede hacer una gran historia de las cosas que en este tiempo pasaron, porque dicen todos que ya que los Padres tienen tanto amor a los japones que antes quieren morir que desamparar a los cristianos pudiéndose ir tan a su salvo a la China, ellos no han de dejar de correr el mismo peligro para conservarnos en Japón.

2. La segunda manera de consolación que Nuestro Señor nos da en este tiempo es ver que cuanto más van creciendo las amenazas y la determinación de Quambacundono de perseguirnos y deshacer nuestra ley tanto más va creciendo la reputación de nuestra santa fe, y la voluntad, incluso entre los gentiles, de escuchar las cosas de la ley de Dios y de hacerse cristianos, y, aunque como luego diré, nos recogimos este año grandemente sin querer tratar de ir extendiendo la conversión por no causar mayor mal, y se quitaron las cruces en diversas partes y se deshicieron y cerraron diversas iglesias, todavía este // f. 246r // año se hicieron pasante de cinco mil cristianos, y muy grandes señores oyeron las predicaciones y están determinados de serlo, aunque lo van difiriendo todavía con nuestro consejo para no dar ahora ocasión de alterar más a Quambaco y hacer mayor mal, porque hasta que él rompa del todo con esta persecución comenzando a derramar sangre, parece conveniente y razón ir preparando en lo que se puede y conviene para no poner en mayor peligro esta cristiandad. Es cierto que así esta fortaleza de los Padres y cristianos, como esta reputación y crédito en que va cada día más subiendo nuestra santa ley es cosa milagrosa y sobrenatural, causada por aquella Providencia y virtud divina, que sabe y puede hacer lo que quiere. Porque nunca hubo hombre

tan temido en Japón como es Quanbacundono ni tan obedecido, que con su sólo querer hace de grandes señores pobres, tomándoles sus reinos y estados sin ellos replicar, y parece que todos sueñan medios para hacer su voluntad, y con todo esto declarándose tanto contra nuestra santa ley y amenazando tanto contra los Padres crece juntamente el ánimo en los cristianos y en los gentiles el crédito de nuestra santa ley. Y, sin duda, que acerca de esto ocurrieron tantas cosas particulares que se espantarán cuando por el ánuas las supieren.

3. El tercer género de consolación que Nuestro Señor nos dio fue la providencia particular de nuestra venida aquí con esta embajada, porque con ella quedó Quanbacundono obligado a tener paciencia, como él mismo dice, hasta mi partida, y así estuvimos este año con esto con algún descanso, y estaremos hasta la partida de la nao, la cual parece que no se despachará de aquí hasta marzo. En estos cinco meses puede Nuestro Señor acudir con alguna misericordia grande, quitando a este hombre de esta vida y dejándonos en mucha paz. Y cuando permitiere otra cosa, nos ha de dar tiempo para poder ir ordenando nuestras cosas de tal manera que queden los Padres de tal manera alojados y escondidos que se pueda esperar que todavía se salve esta cristiandad de sus manos. Y así parece que la divina providencia, que sabe todo lo que ha de venir, fue siempre dilatando el negocio de esta embajada, primero haciendo que los cuatro hidalgos japones inviernasen en Mozambique para yo detenerme en la India un año más, y dos años nos detuvo en la China, haciendo por ocultas vías que un año no se hiciese viaje, cosa nunca acontecida más que otra vez, o para mejor decir nunca, porque otra vez que aconteció fue por quedar la nao invernando en Japón: y después de haber venido nosotros aquí nos fue dilatando otro año con la guerra de Quanto y con la tardanza de Asonodanjo [*sic*], y ahora va también dilatando el despacho de la nao, y, por ventura, que entretanto tiene Dios Nuestro Señor determinado que se acabe a Quambacundono la vida, por donde no podemos dejar de consolarnos viendo tan particular providencia y esperar en ella que ha de dar a este negocio nuestro alguna buena salida.

4. El cuarto género de consolación fue ordenar Dios, Nuestro Señor, que en este tiempo, por nuestro medio, se concluyesen las paces entre Amacuçandono y Chunocamyndono, quedando Amacuçandono por vasallo y criado de Chunocamyndono, lo que además de haber sido la salvación de la cristiandad de Amacuça fue también grandísima comodidad para nosotros, porque como Amacuça es una isla de poco trato y apartada, queda para este tiempo lugar muy acomodado para nuestro refugio, y si no se concluyeran estas paces nos hubiéramos visto en muy grandes trabajos porque no nos podríamos recoger y acomodar en ella.

Mas para que mis carísimos Padres y Hermanos entiendan mejor alguna parte de nuestras inquietudes y trabajos, han de saber que poco después de regresar yo de Míaco con ser nosotros acusados por nuestros contrarios y con declararse Quambacundono que de ninguna manera quería Padres en Japón, con las grandes amenazas que hizo y hace continuamente Yacoyn a todos estos *tonos*, se puso toda esta cristiandad del Ximo en grandes angustias y trabajos, porque Yquinocamy y Canganocamy, que tienen la superintendencia de este puerto y de las tierras de Uracamy, que están a su derredor, que eran nuestras, dadas por Arymandono y Omurandono, los cuales tienen ellos ahora por Quambaco, mandaron en seguida quitar catorce cruces que estaban levantadas en ellas, con tanta pena y dolor de los cristianos de aquellas tierras y de este puerto que muchos de ellos llegaron a mandarnos // f. 246v // recado que habían de morir sobre ellas antes que dejarlas quitar, mas respondiéndose de aquí que no hiciesen ninguna resistencia las dejaron quitar, si bien lo hicieron cortesmente sin hacer ninguna injuria a las cruces, antes teniendo los ministros de estos señores cumplimiento conmigo, diciendo que no podían hacer otra cosa por correr peligro sus vidas estando Quambacundono tan alterado, y tampoco intentaron con los cristianos ninguna violencia ni les hicieron instancia para que tornasen atrás, mas antes les dejaron vivir conforme a nuestra santa ley, y tampoco tocaron nada en las iglesias y cruces de este puerto de Nangasaqi.

En este mismo tiempo el P. Organtino y el H. Juan Rodríguez, que quedaron en Miaco para tener la respuesta de Quambacundono, juntamente con Ucundono, Quambioyndono, Chunocamyndono, Riuça y los demás señores cristianos, me escribían a cada paso cartas pidiendo instantemente que quitásemos el Colegio y Seminario de Canzuça y el Noviciado de Omura y diese orden que se retirasen las cruces que estaban en lugares públicos en las tierras de Arima, y de Omura, y se concertasen las iglesias de tal manera que pareciesen casas, y los Padres que estaban en las dichas tierras se escondiesen, porque de otra manera sin duda echaríamos a perder a los señores de Aryma y de Omura con toda la cristiandad de sus tierras, porque nosotros y ellos eramos acusados delante de Quambacundono que vivíamos públicamente en las dichas tierras con iglesias abiertas y cruces levantadas, sin tener ninguna cuenta con la orden y mandato de Quambaco, y que se entendía que en seguida mandaría hacer diligencia en dichas tierras para saber si esto era así verdad, y que hallando que era verdad lo que le decían que en seguida mandaría matar y quitar las tierras a estos señores de Arima y de Omura y quedaría perdida toda esta cristiandad, con gran escándalo y abatimiento de nuestra santa ley, porque se diría entre los cristianos y entre los gentiles que por nuestra imprudencia y por no usar de las cautelas que convenía, mas querernos mostrar demasidamente atrevidos, echábamos a perder a estos señores y cristiandad, y quitaríamos a todos los demás señores el ánimo de querernos tener en sus tierras. De la misma manera los rehenes y las gentes de estos señores que estaban en Miaco escribían a Arima y Omura que si no pusiesen remedio en sus tierras quedarían del todo perdidos sin tener ningún remedio. Y Yacuyn les amonestaba y amenazaba grandemente que echasen a los Padres de sus tierras, porque de otra manera se harían grandes justicias contra allos. Y el *tono* de Gotto, como es señor gentil, en seguida despidió a los Padres que estaban en sus tierras, y también el *tono* de Firando intentó hacer lo mismo, mandando recados a don Jerónimo y a doña Isabel, en islas cuyas estamos, que están sujetos al *tono* de Firando, que es gentil, que este no era tiempo para hospedar Padres ni hacer profesión de ser cristianos, y que con esto ponían en peligro su estado y por esto les pedía que dejasen de ser cristianos para otro tiempo, e hicieron también la misma prueba para persuadir a la hija de Don Bartolomé, hermana de don Sancho, señor de Omura, casada con el hijo heredero de Firando, para que también ella dejase de ser cristiana y se tornase gentil. Mas en Firando no hubo ninguna mudanza porque esta señora, aunque no es de más edad que de diez y siete años, respondió con gran fortaleza que antes moriría mil veces que dejar de ser cristiana, y que si sobre esto le mandase más recados se volvería en seguida para Omura a casa de su hermano, y sobre la devoción y fortaleza de esta señora hay mucho que decir que se deja para el ánuo. Doña Isabel y Don Jerónimo también dieron respuesta semejante, y como ellos son con sus parientes los más poderosos y principales hidalgos de Firando y muy parientes del mismo *tono*, disimularon y no solamente no se atrevieron a abolir (l. d.), con ellos, mas ellos hospedaron en sus tierras al Padre y Hermano que fueron echados de Gotto.

Con este temporal tan deshecho que iban corriendo la cristiandad y la Compañía hicimos diversas consultas, así entre los Padres como con los señores de Aryma y de Omura, para dar de nuestra parte algún remedio a sus personas y tierras. Y primeramente, usando con ellos de la fidelidad que convenía, les hicimos saber todo lo que pasaba en Miaco y lo que nos escribían los señores cristianos de allá, mostrándoles que estábamos aparejados para morir todos en alguna isla desierta antes que poner en peligro sus personas y estado, y que por eso, pareciéndoles, quitaríamos también los Padres de sus tierras. Y sin duda que no se puede decir cuán grandes muestras dieron de sí estos señores, porque aunque en estos años atrás teníamos bastante experiencia de ellos, con todo sobrepusieron aun la esperanza y expectación que teníamos, // f. 247r // porque lo que ellos hicieron es cosa digna de eterna memoria y que debe ser muy estimada entre los señores de Europa. Porque respondieron ambos que aunque hubiesen de morir de ninguna manera habrían de sufrir que saliese de sus tierras ningún Padre ni



Hermano, pues esto no podía ser sin daño y desmayo grande de toda la cristiandad y ser muy grande abatimiento de su honra, especialmente no teniendo los Padres ahora donde ir, y que pues estos cuatro años atrás tuvieron a los Padres en sus tierras con el mismo peligro de sus estados y vidas y Dios hasta ahora los librara, no habrían de sufrir que partiesen de ellas los Padres en este tiempo, y que esperaban en el mismo Señor, por cuyo amor lo hacían, que también en adelante los librara. Y pues en Aryma dio Nuestro Señor aquella cruz milagrosa, de que se escribió el año pasado, y este año recibieron el santo leño de la vera cruz, que Su Santidad les había mandado, esperaban en ella que había de librarlos de estos peligros; mas que para usar la prudencia que convenía en este tiempo les parecía bien quitarse el Colegio y Seminario de Canzusa, por ser lugar tan público y de pasaje, y ponerlos juntos o separados por la tierra más adentro de Aryma, ofreciéndose Arimandono a darnos los lugares que quisiésemos y toda la ayuda de gente para hacerse esta mudanza, y que también se quitase de la fortaleza de Omura el Noviciado, por estar en el lugar del *tono*, donde van muchos forasteros y gentiles con diversos recados, ofreciéndose Omurandono a darle otros lugares por la tierra más adentro, y que todavía se quitasen con toda reverencia las cruces de los lugares públicos, y se concertasen de tal manera algunas iglesias principales, especialmente las casas que estaban en Omura y en Aryma, que por fuera pareciese que no había allí iglesias y los Padres quedasen en ellas escondidos, como si en este tiempo no estuviesen en ellas, porque estas cosas como eran exteriores quitaban el peligro y no dañaban al pueblo el cual se podía cultivar muy bien sin estas muestras exteriores, estando los Padres en sus tierras y corriendo con las confesiones y demás sacramentos y con enseñar y visitar a los cristianos, y que tiempo vendría, con la ayuda de Dios, que volverían con gran triunfo a levantar las cruces y abrir las iglesias y hacer todas las solemnidades exteriores que conviene al pueblo cristiano. Y para que se entienda mejor cuán grande fue la fortaleza y constancia de estos señores, han de saber que aunque hasta ahora pusieron en gran riesgo sus personas y estados en tenernos en sus tierras contra el mandato de Quambacundono, todavía se podía tener alguna esperanza antes de que fuesen acusados, especialmente teniendo por defensor nuestro en la corte a Asonodajo [*sic*], y aunque se dijese alguna cosa a Quambaco, como estaba esperando por esta embajada, se podía esperar que hubiese disimulado hasta mi llegada, con la cual también se esperaba que nos había de perdonar; mas ahora, que después de haber venido ya esta embajada se declaró Quambaco que no nos había de admitir mas antes había de matar todos los que quedasen en Japón y extirpar de raíz la propagación de nuestra santa ley, y además de esto ellos y nosotros eramos acusados delante de Quambacundono, era más sin comparación más (*sic*) evidente el peligro de tenernos en sus tierras. A esto se acrecentó que en este mismo tiempo que tratábamos estas cosas se esperaba que hubiesen de venir a Nangasaqi Yquinocamy y Canganocamy, que son señores como se ha dicho, que tienen la superintendencia de este puerto por Quambacundono, de los cuales Yquinocamy nos había acusado, y Canganocamy es el mayor enemigo que tienen Aryma y Omura, porque es sucesor de Riosogi, que fue muerto los años pasados sobre las tierras de Aryma, yendo para tomarlas con grueso ejército, y este su sucesor escapó de las manos de Arima acogiendo de aquella batalla a uña de caballo, y así quedó una íntima y cruel enemistad entre él y estos señores de Aryma y Omura, y éste va siempre buscando ocasión para hacerles perder sus estados. Por donde viniendo estos ambos a Nangasaqi, como después vinieron con más de mil soldados, aunque se decía que venían con un número mucho mayor, era tanto mayor el temor, porque cada día venían varias noticias y todas muy temerosas, y unos decían que venían para tomar por orden de Quambaco las tierras de Aryma y de Omura e incluso para matar a estos señores, y otros decían que venían a medir sus tierras, que es previa disposición para hacer después Quambaco alguna mudanza en ellas, y esta noticia fue tenida por más cierta // f. 247v // por mucho tiempo, otros decían que venían para tomar información si era verdad que estábamos en las tierras de Omura y de Aryma, conforme a lo que

se dijera a Quambacundono, para después de averiguada la verdad hacer Quambaco la justicia que le pareciese, otros decían que venían a derribar las iglesias de Nangasaqi y a destruir todas las otras. Y con venir estas malas noticias tan calientes y frecuentes todavía estaban estos señores siempre fuertes teniendo a los Padres en sus tierras.

Pero con todo, aunque ellos hacían esta instancia que no se quitase ningún Padre ni Hermano de sus tierras, porque a nosotros nos pareció cosa muy peligrosa poderse esconder tan gran cuerpo de gente en ellas viniendo aquéllos a hacer diligencia, instamos grandemente a estos señores para retirar de sus tierras el Noviciado y el Colegio, sobre lo cual hubo entre ellos y nosotros muy grandes reyertas porque no lo querían consentir de ninguna manera, diciendo que perdían su honra si tal consintiesen y que por la tierra adentro no les faltarían lugares acomodados para poder estar, y finalmente fue necesario que yo fuese en persona a Aryma para persuadir de esto a Arymandono, que apenas después de muchas horas se dio por convencido con tan fuertes y claras razones como yo le di, mostrándole que era mejor pasarse así el Colegio como el Noviciado para Amacuça, y nunca pude acabar de concluirle sino con prometerle que a lo menos no quitaría el Seminario de sus tierras.

Diose al punto orden que se quitasen las cruces y se cerrasen y despejasen algunas casas e iglesias, haciéndose saber la causa de esto a los cristianos, y esto se fue poniendo en ejecución poco a poco, con tantas lágrimas y tan grande sentimiento de ellos que apenas podían persuadirles los Padres que así era necesario. Mas como quedaban los mismos Padres con ellos y vieron que todo esto se hacía para no poner a sus señores y a ellos en mayores peligros, quedaron muy consolados después que se ejecutó esto. Mas en este mismo tiempo Arymandono levantó una gran cruz con todos sus hidalgos en un alto que está dentro de la cerca de su fortaleza, para dar a entender a todos cuán grande era su fe, y quiso también que todos los domingos fuese un Padre a decirle misa a su casa. Y sin duda que tiene dada muy grande prueba de su fe, diciéndonos muchas veces que él tomaba a cargo ser predicador de sus hidalgos y criados, como en la verdad lo hace, dándoles muy buenas amonestaciones, con las cuales, por ser él en extremo temido y reverenciado por los suyos, hace más provecho que el que se hacía cuando venían a escuchar la predicación a la iglesia.

Luego también se dio orden cómo había de hacerse la mudanza del Colegio, Seminario y Noviciado, los cuales por ser tres casas tan grandes, pues entre los nuestros y los dogicos y la gente de servicio cada una de estas tres casas pasaba de cien personas, había mucha dificultad de acomodarlos y hospedarlos, mas como Nuestro Señor siempre acude en las mayores dificultades, nos aparejó pocos días antes la isla de Amacuça, concluyéndose, como se ha dicho, las paces entre Amacuçandono y Chunocamyndono, y en seguida vino el mismo *tono* de Amacuça a Canzusa a ofrecernos su isla para que allá se pasasen estas dos casas, ofreciéndonos también darnos diversas casas hechas para pasarlas al sitio de nuestras casas, que teníamos en Amacuça, las cuales como son todas de madera se pasan de un lugar para otro fácilmente, y así nos resolvimos a pasar todo el cuerpo del Colegio y también los Hermanos que estaban por novicios en Omura, haciendo de estas dos una sola casa, la cual se acomodó primero muy convenientemente con cuatro casas que tenemos en Amacuça, y se acrecentaron las otras que antes teníamos ahí, además de otras muchas oficinas que se hicieron de nuevo, quedando el noviciado apartado, aunque conjunto al colegio, teniendo su maestro de novicios, mas subordinado al rector del Colegio y no absoluto como anteriormente estaba. En este Colegio entre los nuestros y los novicios están ahora cerca de sesenta de nuestros Padres y Hermanos, y con los dogicos y gente de servicio pasan de ciento y veinte. El Seminario se pasó a un lugar no sertao de Aryma llamado Fachyrao, donde fue necesario hacer de nuevo casas suficientes con todas las oficinas necesarias para dicho Seminario, donde están pasante de noventa estudiantes, entre grandes y pequeños, con diez de los nuestros entre Padres y Hermanos, que están ahí para su gobierno y para ser maestros, y más de veinte y tantos mozos de servicio, la cual obra, por la industria y

ayuda que dio don Protasio, se acabó en menos de un mes, con espanto y maravilla de todos, porque días hubo que estaban trabajando más de mil hombres juntos, unos cortando la madera del monte, otros acarreándola y otros labrándola, mostrándonos en esto y en todo lo demás Arymandono tanto amor que no podía ser más, y aunque transferir estas casas nos costó a todos mucho cansancio y trabajo y no pequeño gasto, sin embargo, después que se acomodaron // f. 248 // quedamos como hombres descargados de grande peso, porque retirando de Omura aquella casa tan grande del Noviciado, y de Canzusa el Seminario y Colegio nos pareció que quedaban como seguras las tierras con los señores de Omura y de Aryma, porque como las demás casas eran pequeñas se podían despejar fácilmente a cada hora, y los Padres esconderse cuando fuere necesario, y así se esparcieron los más Padres y Hermanos antiguos que tenían cuenta del Noviciado de Omura, quedando algunos en la misma casa bien concertados y recogidos, y otros se esparcieron en diversas residencias, de manera que estarán como 25 de los nuestros esparcidos por las tierras de Arima en diversas residencias, además de los niños del Seminario, y cerca de otros tantos en las tierras de Omura, y en Amacuça sesenta, y yo, con más de quince de la Compañía, como embajador descubiertamente en este Nangasaqi, y más de otros quince repartidos entre Bungo y las islas de Firando, de Xiqui, de Sumoto, Conzura y Oyano, teniendo todavía en pie todas las residencias del año pasado y habiéndose acrecentado algunas más.

Acabado de hacer esto muy bien y de haber puesto todas estas cosas en orden nos recogimos el Padre Viceprovincial y yo con algunos Padres de nuestra consulta a este Nangasaqi, donde con pretexto de esta embajada estamos al descubierto, para de aquí dar orden a todo lo que pudiese acontecer, y poco después llegó la nao, que entró en este a 19 de agosto, la cual fue al punto puesta de cerco por orden de los *Bonguios*, que son ministros de los dos señores ya dichos, no permitiendo que se desembarcase ninguna cosa ni que se llegase a ella embarcación, so pretexto que Quambacundono quería comprar todo el oro y que quería el rol de todo el oro que venía en la nao, en este cerco estuvieron más de treinta días, aunque los proveían de mantenimientos, y a todos los mozos y portugueses que desembarcaban los registraban con gran diligencia para que no desembarcasen oro, con lo que pasaron los portugueses bien de enfados y trabajos, y estando en esto vinieron Yquinocamy y Canganocamy con pasante de mil soldados, de manera que tuvimos un miedo muy grande de que aconteciese este año alguna desventura, mas, como después diremos, todo se negoció bien.

Con la venida de estos dos señores se renovaron nuestros cuidados y trabajos, porque como uno de ellos nos acusara a Quambaco y, de Miaco nos escribieron que venía muy enfadado contra nosotros, con comisión de derribar las iglesias, etc., y el otro es tan cruel enemigo de Aryma y de Omura, no se podía esperar con su venida otra cosa que trabajos, todavía aunque entraron aquí muy alterados contra nosotros, se vieron en seguida tan empachados con los portugueses que al punto comenzaron a entender que no podía haber concierto entre ellos sino por medio de nosotros, y así poco a poco comenzaron a ablandarse y a mandar diversos recados de cumplimientos y buenas formas, tomándonos por terceros en sus negocios, y aunque ellos querían de los portugueses lo que de ninguna manera les habían de dar si no fuesen forzados, porque solamente en la compra de mil panes de oro les quisieron tomar treinta mil taeles, idest cruzados, sin embargo, Nuestro Señor nos ayudó de modo que si bien no se concluyó nada y ellos después de estar aquí cerca de un mes se fueron sin conseguir lo que deseaban y los portugueses quedaron con lo suyo, con todo ellos quedaron también muy satisfechos de nosotros, y entendieron, conforme a lo que dijeron muchas veces, que este puerto y el comercio de la nao no se podían sustentar sin estar aquí Padres, y nos prometieron que así lo habían de decir a Quambaco, prometiéndonos que harían de tal manera que pudiese quedar aquí algún Padre escondido, y que cuanto era de su parte no nos habían de echar porque entendían que este comercio se perdería. Y así se partieron de aquí muy cambiados y hechos nuestros amigos,

a lo que nos ayudaron mucho unos hidalgos cristianos muy principales, que venían con Yquinocamy, los cuales por tener con él mucha privanza hicieron por nosotros muy buen oficio, y además de esto, estando ellos aquí presentes, se hicieron cristianos algunos otros hidalgos de los suyos, y si fuéramos más largos en predicar había muchos que deseaban oír, pero por las razones que dijimos arriba fue necesario que no nos extendiésemos.

En Miaco, así delante de Quambaco como de otros sus grandes y privados, se trató muchas veces si echando fuera a los Padres totalmente vendría esta nao a Japón y unos decían que no y otros que sí, y aunque Quambacundono //f. 248v // dijo una vez públicamente que aunque se perdiese por eso el trato de la nao no había de dejar en Japón ningún Padre, todavía como esta nao es la principal riqueza y remedio de Japón, así él en su interior como todos los demás japones se entiende que viven con gran recelo de que no venga aquí más la nao si del todo se echaran fuera los Padres, y parece que Nuestro Señor tomó este medio para servir como de freno de este Quambacundono, porque si no hubiese este recelo parece que ya actum esset de nosotros, aunque a Nuestro Señor no le faltarían otros medios para impedir esta mala voluntad suya que tiene.

Quambacundono tiene mandado hacer algunas cosas para mandar de presente al Virrey las cuales, como el P. Organtino escribe, están ya acabadas, y también tiene hecho escribir la carta del tenor que arriba dijimos, y mandó también hacer otros capítulos contra nosotros, semejantes a los que hizo en Facata, diciendo que nos echaba de Japón por predicar una ley mala y deshacer los templos de los *Camis* y *Fotoques*, mas hasta ahora no los ha publicado ni entregó la respuesta con los presentes al Hermano que quedó allá para traerlos. Sospechan el P. Organtino y algunos cristianos que espera alguna respuesta de Yquinocamy y Canganocamy desde este puerto para entregar la respuesta, y que después de partida la nao o poco antes que parta mandará de nuevo publicar estos capítulos por diversas partes de Japón, basta que hasta ahora por todas partes se entiende que habemos de pasar grandes trabajos, a los cuales, por gracia y favor divino, todos los Padres están ofrecidos y aparejados. Mas para ordenar las cosas como mejor conviene para lo que puede suceder en adelante, intimamos Congregación provincial para de aquí a pocos días, la cual se ha de hacer aquí en Nangasaqi, donde por estar yo con este nombre de embajador públicamente se se pueden cómodamente reunir los Padres, y como esta causa es de Nuestro Señor esperamos que de una manera o de otra nos ha de ayudar y que en Japón ha de ser muy glorificado su santo nombre.

Lo que hasta ahora es para notar, y que también nos da muy gran confianza, es que aunque la Compañía de Japón con esta persecución ha padecido un daño temporal muy grande con la destrucción de tantas iglesias y casas, como ya se escribió los años pasados, todavía cuanto a lo que toca a lo espiritual, y al crédito y reputación, y también al aprovechamiento de los mismos cristianos, no solamente no padeció detrimento, mas parece que toda esta persecución se convirtió en nuestro bien, porque por la gracia de Nuestro Señor con el recogimiento de los Padres y Hermanos en las partes de Ximo se aprovecho grandemente toda esta cristiandad, y se sustentaron siempre en pie así el Seminario como el Colegio y Noviciado, y así los Hermanos japones tuvieron tiempo para ayudarse mucho así en lo espiritual como en las letras, lo que no pudieran hacer si no hubiese esta persecución, porque necesariamente se habían de esparcir. Y los nuestros de Europa se aprovecharon mucho en el estudio de la lengua de Japón, de manera que, de aquí en adelante, tendremos muchos Padres de Europa predicadores y no quedará este oficio solamente a los Hermanos japones, los cuales también con el estudio se aprovecharon ahora de nuestros libros latinos, para sí y para los otros, lo que hasta ahora no podían hacer por no entender latín. También se imprimieron este año diversos libros en lengua de Japón, unos con nuestros caracteres latinos, que dan muy grande ayuda a los nuestros de Europa para aprender la lengua de Japón, y otros en los mismos caracteres japones, para que los cristianos tengan libros que leer, de los cuales hasta ahora, por no haber imprenta, carecían

tanto, y así se imprimió toda la Doctrina cristiana de las preguntas, con acrecentarse algunas cosas muy necesarias y convenientes a los japones, con lo cual se dará grande ayuda y pasto a toda esta cristiandad.

Y esto es la suma de nuestro estado y de lo que hasta ahora ha acontecido este año en estas partes de Ximo, dejando para el ánuo otras muchas particularidades.

De las partes de Miaco y de Bungo habría también muchas particularidades que decir y de mucha consolación y edificación, mas por no ser en esta tan largo se reservarán para el ánuo. y aquí diré solamente que parece que milagrosamente se fueron conservando hasta ahora los cristianos de todas aquellas partes, creciendo siempre así en el número como en la constancia y en la fe. Y los cristianos de Miaco en todo caso quisieron que quedase allí el P. Organtino con el H. Juan Rodríguez, portugués, que fue mi intérprete con Quambaco, y otros dos Hermanos japones, los cuales ahora están quietos sin correr ningún peligro, porque como el Hermano que fue mi lengua quedó en Miaco por orden de Quambacundono para traer la respuesta, debajo de su sombra quedaron también los otros, aunque el P. Organtino estaba como escondido, mas los cristianos en todo caso quieren que permanezca él allí, con otro Padre y dos Hermanos japones, aunque Quambacundono proceda cuán rigurosamente quisiere contra los Padres, porque los tendrán //f. 249 // de tal manera escondidos en sus casas que los cristianos se ayuden y conserven y no venga esto a conocimiento de Quambacundono, y aunque se pongan en gran peligro están muchos de ellos bien ofrecidos para morir por Cristo Nuestro Señor en esta persecución. Ucundono y Darío, su padre, que en seguida, en medio del invierno, vinieron de cincuenta y sesenta leguas a estar conmigo sin partir nunca de donde yo estaba mientras estuvimos en Miaco, quería también en todo caso llevar un Padre y un Hermano consigo, mas no lo quise conceder por no meter a Ucundono en muy cierto peligro, el cual, aunque ahora no tenga el poder que tenía antes, están él y su padre buenamente acomodados, porque Ucundono tiene veinte y seis mil fardos de arroz de renta y su padre tiene seis mil, y no se puede decir fácilmente cuán grande es la virtud, constancia y aparejo de morir por Jesucristo Nuestro Señor que ellos tienen.

En el reino de Bungo están también dos Padres y dos Hermanos en la fortaleza de Don Paulo, con licencia del mismo rey de Bungo, el cual arrepentido de lo que había hecho, pasando por Miaco, cuando yo estaba allí, tomó por tercero a Ytto Don Mancio para reconciliarse con nosotros, dando muy grandes disculpas y satisfacciones de lo que hiciera en matar a aquellos santos mártires, ahora ha tres años, como ya se escribió a allá, los cuales, de su propia boca, confesó que los mandó matar por ser demasiado fervorosos en las cosas de nuestra santa fe e ir haciendo al descubierto el oficio de predicadores, temiendo que por su respecto le hiciese Quambacundono algún mal, y diciendo que todo esto se causó por el mal consejo que le dieron y mucho miedo en que le pusieron sus consejeros; y vino tres veces a verme, así en Muro como después en Osaca, haciendo grandes humillaciones y satisfacciones, y prometiendo que como se abriese tiempo que no corriese peligro de perderse con su reino le había de hacer todo cristiano y había de hacer conocer que no había de ser inferior no sólo de la conversión y en el amor a los Padres de lo que fuera el rey Francisco, su padre, y aunque ahora, como mancebo y por no saber bien las cosas de nuestra santa fe, hiciera lo que hizo por gran miedo que tenía de perderse, con todo estaba muy arrepentido y de obra lo haría conocer, y aunque entretanto que durase esta persecución no podía hacer lo que deseaba, empero se obligaba a tener dos Padres y dos Hermanos escondidos en su reino, para que fuesen sustentando y consolando a aquella cristiandad, y que, como el tiempo diese lugar, se declararía cristiano él con todo su reino. Hizo también muy grandes honras y agasajos a Don Mancio, mostrándole muy gran amor y haciendo muy gran instancia que se fuese a vivir con él a Bungo. Mas como Don Mancio tenía determinada otra cosa se excusó, como lo hizo también con su primo Yttondono, señor de la tercera parte del reino de Fiunga. Y así, en seguida que regresé de Miaco a aquí mandé dos

Padres y dos Hermanos a Bungo, los cuales fueron recibidos con tanto contento por Don Paulo y todos los cristianos que no se puede decir, y aunque están como escondidos en la fortaleza de Don Paulo, parece que no quedó casi ningún cristiano en Bungo que no fuese en seguida o mandase a visitarlos, y fueron tantas las confesiones de los cristianos y tantos los que acudían a escuchar las predicaciones que fue necesario que regresasen para que no pusiesen al rey de Bungo en algún peligro delante de Quambacundono, y con todo en seguida se bautizaron y convirtieron muchos y acontecieron diversas cosas particulares de mucha edificación que se dejan para el ánuo para no ser más largo en ésta.

[Nota marginal:] “Legatur hoc cap. et ne pretermittatur”.

Paréceme que están mis carísimos Padres y Hermanos de la India y de Europa muy deseosos de saber lo que sucedió de los cuatro hidalgos japoneses, acerca de lo que digo *responderrunt ultra primis*, porque como parece que N. S. los quiso tomar por instrumentos para hacer en Japón grandes cosas, así los fue instruyendo y enseñando en lo que habían de hacer, porque después de haber ido conmigo a Miaco, donde fueron tan bien vistos por Quambacundono y tratados por los mayores señores de Japón y grandes de aquella corte con muchas honras y amor, llamándoles muchos a sus casas y viniendo muchos a verles, y quedando asombrados de su navegación tan larga y prolongada, y de la relación que les daban de las cosas que vieron, con gran crédito de nuestra santa religión, y atrayendo hacia sí los ojos de todos, así con esto como con la nobleza y riqueza de sus vestidos que trajeron, que en verdad fueron estos cuatro hidalgos el mayor lustre y ornato de esta embajada, como después entenderán por el ánuo, y después de haber entregado con gran solemnidad los presentes que traían de Su Santidad a Arymandono y Omurandono, y después de haber rehusado todos los ofrecimientos y promesas que les hizo así el mismo Quambacundono, como algunos señores grandes sus parientes, porque a Don Mancio hizo grandes ofrecimientos Yttondono, su primo, para llevarle a Fiunga, y el rey de Bungo, hasta venir su misma madre a posta desde Fiunga a este Nangasaqi para estorbarle en su intento, y Arimandono intentar por diversas vías y con grandes ofrecimientos que quedase con él Don Miguel, se determinaron todos los cuatro a renunciar //f. 249v // a este mundo y entrar en la Compañía, diciendo que no era razón, ya que Nuestro Señor los escogiera para que vieren tantas cosas en Europa, que hiciesen en Japón ahora otro oficio que ser testimonios a sus naturales de lo que vieron, y que de ninguna manera había de usar con Dios tanta ingratitude, ni poner sus almas en tan manifiesto peligro como harían si se entregasen a las cosas de este mundo y dejasen de servir a Nuestro Señor, conforme a la vocación que sentían, y así haciéndome cada uno en particular y también todos juntos esta misma petición con mucha humildad por diversas veces, porque iba dilatando el negocio para que no se ofendiesen sus parientes, hasta que tratando con ellos vinieran a entender del todo que esta era su firme opinión. Y después de tomar algunos días de ejercicios [espirituales] para que lo consideraran todo mejor, los llevamos, yo con otros muchos Padres, a Amacuça, donde ya estaban el Colegio y el Noviciado, y con gran alegría y contento universal de todos los recibimos en la Compañía a los 25 de julio de este año, día del glorioso Apóstol Santiago, cantándose una misa solemne, con canto de órganos y diversos instrumentos músicos, con una predicación que se hizo a los cristianos, en la cual se dio cuenta de esta resolución suya tan honrosa y santa, haciéndose después un banquete al *tono* y a sus parientes, que comieron con los dichos hidalgos y con los Padres y Hermanos, después de lo cual volvimos al Noviciado, donde fueron entregados a su maestro. Y aunque en la Compañía no es costumbre usar de semejantes ceremonias en el recibimiento de los novicios, con todo por ser esto en Japón y ser ellos personas de tal calidad, pareció, así para satisfacción de los parientes como por otros respectos convenientes a Japón, que éstos se recibiesen con esta solemnidad. Y en estos dos meses y medio que están en el Noviciado dan de sí muy gran satisfacción y ejemplo, llevando, conforme a lo que su maestro [el P. Celso Confalonero] me escribe, ventaja a todos en la mortificación, en la

devoción y en la humildad, y así esperamos que Nuestro Señor los ha de hacer grandes instrumentos para la conversión de Japón.

Esto es lo que hasta ahora sumariamente me ocurrió decir de nuestras cosas de Japón, donde estamos con continuas oraciones, sacrificios y penitencias pidiendo a Nuestro Señor remedio para esta cristiandad y para que Nuestro Señor sea glorificado en nosotros sus mínimos y flacos siervos en el tiempo de esta persecución. Y porque va esta carta por vía de navíos de los chinas, que parten en este tiempo, lo demás que después sucediere hasta la partida de la nao se escribirá por el ánuo. Y en Cristo me encomiendo en sus Santos Sacrificios y oraciones.

De este puerto de Nangasaqui, a 6 de octubre de 1591.

Después de tener escrita esta carta, a los 6 de octubre, por la noche, recibí cartas del P. Organtino y del H. Juan Rodríguez, escritas de Miaco a 6 de setiembre, y otras recibí a los 8 de octubre, escritas a los 23 de setiembre, con algún principio de buenas noticias, las cuales nos dan esperanza que nuestras cosas saldrán aun mejor de lo que cuidábamos, porque después que se intentaron y faltaron todos los medios humanos ha de acudir la providencia divina, así como con razón esperamos siempre. Lo que nos escribieron en suma fue que Quambacundono después de mi partida de allí, fue de nuevo informado falsamente, por algunos que nos desean mal, cómo esta embajada era fingida, y que yo era un Padre que hacía mucho tiempo que estaba en Japón, pues vine a visitar a Nobunanga, y que ahora para engañarle fingiera esta embajada, con lo que estaba Quambacundono muy alterado y decía hasta ahora mil palabras contra nosotros, diciendo que después de la partida de la nao sin duda nos había de matar a todos, si alguno quedara aquí. Y estando con esta alteración mandó escribir aquella carta tan soberbia y descortés al Virrey, y a los 5 de setiembre, tratando él con Gueny Foyñ, gobernador de Miaco, de los presentes que había de mandar al Virrey y del despacho del H. Juan Rodríguez, al cual hacía más de tres meses que no había visto ni hecho ningún caso de él ni de los portugueses, dijo Quambaco a Gueny que nosotros le engañábamos y que estaba para no mandar los dichos presentes, mostrándose muy enfadado. A lo que le respondió Gueny que esta era cosa que fácilmente se podía saber, y que Su Alteza mandase llamar al intérprete, que es el H. Juan Rodríguez, y a los portugueses, y que les preguntase cómo pasaba esto. Pareció bien a Quambaco, y en seguida los mandó llamar, y antes de hacerlos entrar donde él estaba, en presencia de muchos señores hidalgos, les mandó un recado por el mismo Gueny y por otro Daymio gentil, señor de la fortaleza de Ochu [Kyogoku Takatsugu], en que le mandaba decir, en sustancia, que quería //f. 250r // saber si esta embajada era verdadera o fingida y si era verdad que yo vine a ver a Nobunanga, y cómo venía por embajador un Padre, especialmente teniéndonos él desterrados, y qué fianza y seguridad le daban para saber él que esta embajada fuera verdadera, y que había de entregar los presentes que él le quería mandar, y también quería saber si los de Namban, id est de la India, eran todos cristianos, y cómo estaban allí los Padres. Respondióle el H. Juan Rodríguez muy bien, diciendo que se asombraba cómo se pudiese dudar de una cosa tan pública como fue esta embajada, pues aunque era verdad que yo viniera otra vez a Japón en tiempo de Nobunanga, empero todo el mundo sabía que yo regresé a la India y estuve allí siete u ocho años, y que el año pasado volví con esta embajada, y la causa de mi vuelta fue porque sabiendo la muerte de Nobunanga y que Su Alteza había sido hecho Señor de Japón y favorecía mucho a los Padres y les diera *goxiin* para poder predicar la ley de Dios por todo Japón, hablé al virrey que le quisiese mandar esta embajada para darle las gracias, y así vino el mismo Padre por tener experiencia de Japón, y que cuando partió de la India no se sabía nada allí que Su Alteza había desterrado a los Padres, mas llegado a la China se supo por los Padres que hay allí y que temiendo de venir me detuve un año en Macao, el cual año no vino nao a aquí, haciéndose saber esto en Japón por vía de las embarcaciones de los chinas y se comunicó a Assanodanjo, el cual ordenó que viniese embajador aunque fuese Padre, y por su orden llegó aquí el año pasado, y que se podía saber muy bien por el mismo Assanodanjo, y

que siendo esto una cosa tan pública y habiendo yo pasado por tantos reinos con tanta gente, cuanta conmigo traía, especialmente trayendo conmigo los cuatro hidalgos japones que fueron hasta Roma y trayendo el caballo y otras piezas muy curiosas, que el virrey mandara, que no se hallan en Japón ni en la China, mas solamente en la India y Portugal, no sabía cómo se pudiese dudar de esta embajada. Y que ahora estaba nao en Japón con tantos portugueses de los cuales podía saber Su Alteza que todo esto era verdad. Y que cuanto a la seguridad de haber de darse al Virrey los presentes que él mandaba, que yo había traído muchos Padres en mi compañía y que Su Alteza podría detener seis o siete en Japón hasta que viniese la respuesta de lo que mandaba. Y cuanto a la última pregunta había de saber que la India era cosa muy grande y que en ella no eran todos cristianos, mas solamente los que de su buena voluntad lo querían ser, porque nuestra ley prohibía hacerse cristianos por fuerza, y que también había allá diversas sectas, y que los Padres estaban allí enseñando la ley de Dios, como también lo hacían en la China y aquí en Japón. Y que en ninguna parte tomaban mal lo que enseñaban los Padres y que cada uno seguía voluntariamente la ley que quería. Con esta respuesta fue Nuestro Señor servido que quedase satisfecho Quambaco y dijo que el Hermano había respondido muy bien y que daba muy buena razón de lo que decía, y que holgaba de saber que también en la India había muchas sectas, porque así era en Japón donde cada uno seguía la ley que quería, acrescentando que cuanto a la gente baja poco importaba aunque fuese cristiana. Entonces le fueron a mandar otro recado por los mismos diciéndole que quedaba satisfecho y que sería todo así como él decía, y pues así era él se holgaba mucho de tener comercio con los portugueses y mandar visitar al Virrey y el Virrey a él, como ahora había hecho. Mas por cuanto este reino de Japón era de *Camis*, no quería que predicasen esta ley, y si se contentasen de tener esta comunicación sin hacer cristianos, que él favorecería mucho a los portugueses; y de nuevo acrescentó que poco iba en la gente baja aunque fuese cristiana. Respondióle entonces el Hermano que cuanto a tener comercio los portugueses con Japón y haber comunicación entre él y el Virrey, que le parecía que holgaría el Virrey que se continuase por ser este trato muy antiguo, y que él me diría todo a mí para que lo dijese al Virrey, y que cuanto a no hacer cristianos, ya que Su Alteza lo mandaba, no había más que hacer. Quambaco le volvió a replicar con otro recado: que viese si lo tenía bien entendido, que lo que él decía era que holgaba que viniese aquí la nao y que estuviesen en Japón todos los que quisiesen hacer mercadería con tal que no predicasen la ley; dando con esto en un cierto modo a entender que si quisiésemos quedar en Japón como mercaderes que podría ser. Respondióle entonces el Hermano que así lo tenía entendido, y que me diría todo. Entonces Quambaco nos mandó entrar donde él estaba, y con muy buen rostro les dijo: “Seáis muy bien venidos”, y volvió a comenzar a decir que él quería tener mucha amistad con el //f. 250v // Virrey y favorecer a los portugueses, mas que ellos se salvaran allá con sus leyes y que los japones se salvarían con las leyes que ellos tienen, y que también aquí había ocho o nueve sectas de leyes y que cada uno seguía la que quería, y mandóles dar algunas cosas de comer. Y después le preguntó diversas cosas del traje y de las costumbres de nuestro rey, y preguntó por del P. Gaspar Coelho, y diciéndole que era muerto, dijo, compadeciéndose: “Cuitado. Así lo he sabido.” Volviendo a replicar: “Cuitado, cuitado. Era hombre escogido entre los vuestros; pero ciertas informaciones que tuve le hicieron mal”. Dijo también que él quería mandar algunas buenas piezas al Virrey y mandó traer unas armas que había mandado hacer para eso, y quiso que las vistiese Juan Bautista [Bonacina], italiano, que allí estaba, y que se ciñese la *catana* y el *vaquixaxi*, que son la espada y la daga de Japón, y diese un paseo, así armado, delante de él, con una *nanguinata*, que es una especie de alabarda, en la mano, que también había de mandar al Virrey, y como Juan Bautista es bien apersonado lo alabó mucho y todos los circunstantes lo festejaron, y finalmente en todo se mostró aquel día muy benigno. Y diciéndole el Hermano que los portugueses estaban asombrados de ver aquellas casas suyas tan nobles y bien acabadas, holgó mucho y



mandó al mismo Gueny y a aquel otro hidalgo [Kyogoku Takatsugu] que fuesen a enseñárselas todas de arriba a abajo, y despidióse de ellos con muy buen rostro. Después, al día siguiente, fue el Hermano a visitar al dicho Gueny, el cual le dijo que Quambaco quedó muy satisfecho y cambiado de lo que antes estaba, y que le había dicho: “Nadie me hizo saber nunca las razones que ahora me dijeron”, mostrando que no había sido bien informado. Por donde decía Gueny que le parecía que nuestras cosas sucederían bien, y porque él dijo que los que quisiesen estar en Japón como mercaderes que los favorecería, con tal que no predicasen esta ley, era dar a entender que si los Padres dejasen de hacer conversión que él no los perseguiría, y que él por haber hablado tantas cosas y publicado edictos contra los Padres y contra nuestra ley, no podía ahora con su honra dar licencia de que quedasen los Padres sino con semejantes disimulaciones; mas que realmente él entendía que Quambacundono no nos tenía odio ni deseaba querer hacernos mal; mas que tuvimos muchos contrarios que le daban muy ruines informaciones. Entonces el Hermano le dio de nuevo muy larga información de nuestras cosas, las cuales él escuchó muy bien, y dijo después que él no era nuestro *Moxichungue* delante de Quambaco, id est, no era él quien tenía cargo de tratar de nuestras cosas, mas que por tener compasión de nosotros había dicho todo muy rectamente a Quambaco y que en otra ocasión tampoco dejaría de favorecernos. Y después mandando a hablarle el P. Organtino por el mismo Hermano y por el H. Cosme, le prometió que tomaría a cargo nuestras cosas y que sería nuestro *moxichungue* delante de Quambaco, y que si nosotros le prometíamos hacer lo que él quería, trataría las cosas de tal manera que con licencia de Quambaco quedasen algunos Padres en este puerto y que con esto también podrían quedar todos los otros con traje mudado, y lo que quería era que por ahora no tratásemos de ir haciendo conversión ni hiciésemos estruendo acerca de nuestras cosas, y que de esta manera, poco a poco, se iría aplacando Quambacundono, porque era hombre que quería ser obedecido, diciendo: “Si yo diere mi palabra a Quambaco que vosotros no predicaréis esta ley contra su mandato y después hiciereis lo contrario, yo seré después delante de él vuestro principal enemigo.” Este Gueny es gobernador de Miaco y muy intrínseco privado de Quambaco, el cual desde el tiempo de Nobunanga siempre favoreció nuestras cosas, porque entonces era gobernador del reino de Mino, que era del hijo primogénito de Nobunanga [Nobutada] y oyó dos o tres veces predicación de nuestras cosas y estuvo muy inclinado a hacerse cristiano; es hombre tenido por recto y verdadero y que hace lo que promete y tiene mucha libertad y autoridad para hablar con Quambacundono. Tomó también a su cargo hacer mudar la carta que Quambacundono tenía escrita al Virrey, haciendo traer el traslado de ella delante del Hermano y examinando con él lo que parecía que se había de quitar. Y finalmente tomó muy de veras a cargo nuestro negocio, con que ya me escribe el P. Organtino que le parece que podremos estar escondidamente en Japón sin darnos trabajo Quambaco, conservando la cristiandad que tenemos y también multiplicándola sin hacer estruendo; mas todavía pronto se entenderá mejor lo que ha de suceder.

Fueron también los mismos Hermanos a visitar a Yacoyn, al cual aunque siempre nos fue contrario no podemos dejar //f. 251r // de visitar, mostrándole que no sabemos que es nuestro enemigo, al cual, cuanto a lo exterior, también le hallaron muy cambiado de lo que antes estaba, porque los recibió con grande agasajo, convidándolos y diciendo que Quambaco estaba muy mudado con la respuesta e información que le dio el Hermano, y que no se asombrasen de ver estas mudanzas en Quambaco, porque había algunos a su lado que le daban estas malas informaciones de nosotros, y dijo al Hermano que me escribiese que tuviese paciencia y que con el tiempo todo se haría bien, y que advirtiese a los cristianos que están en estas partes de Ximo que se callasen y no hiciesen estruendo en sus tierras, y que los Padres que en ellas estaban estuviesen muy escondidos y que no fuesen por ahora dilatando esta ley, porque Quambaco era hombre simple y recto y poco a poco se aplacaría, y diole otros muchos buenos consejos de este tenor, acrecentando que quería que él permaneciese allí, en Miaco, y

que le haría dar a Quambaco lo necesario mostrándole que era muy amigo mío.

Estas fueron, en suma, las noticias que vinieron después de escrita esta carta, y en las últimas de 23 de setiembre, acrecentaron que un hijo único de tres años que tenía Quambaco se le murió ahora, habiendo hecho los bonzos y hechiceros muchos encantamientos y sacrificios para sanarle y habiendo él prometido cien mil *gocus* de renta a los *Camis*, que son doscientos mil fardos de arroz, si le tornaban a dar salud, con que escriben quedó grandemente sentido, y después de haber hecho gran plañido y cortarse él y todos los señores en señal de tristeza un amarrado de cabellos que los japones traen en el colodrillo, le estaban aparejando ahora exequias muy suntuosas, y pocos días antes se le murió una ahijada suya que tenía como hija suya, y cuatro o cinco meses antes se le murió Minondono, su hermano, y ahora está muy mal su madre, de manera que parece que ya la muerte le va cercando, y puede ser que antes que llegue el tiempo de partir la nao se corte también su tea. Y si así fuere está todo Japón en disposición muy grande para hacerse grandísima conversión. Y escriben también que después que murió su hijo se ha mostrado muy liberal y muy blando, como hombre que ya queda sin aquel heredero, en quien él tenía puestas todas sus esperanzas, y así repartió muchas tierras y lugares que tenía reservados para este hijo suyo, y dio a entender que había de restituir a algunos que estaban desterrados y fuera de su gracia, y comienza el P. Organtino a esperar que uno de ellos haya de ser Ucundono, y si así fuere tampoco irán mal nuestras cosas.

Finalmente con estas noticias se nos comienza a aclarar un poco el cielo, que hasta ahora, de algunos meses a esta parte, se nos mostró muy cerrado y cubierto. Esperamos que según a su costumbre nos tendrá Nuestro Señor guardado para el fin del banquete el mejor vino.

Y con esto de nuevo me encomiendo en sus Santos Sacrificios y oraciones. Hoy, 9 del mismo mes de octubre de 1591.

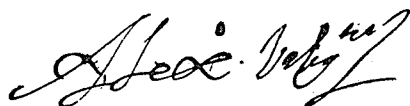
Después de escrita ésta sobrevinieron otras noticias de Quambacundono que está del todo determinado a hacer la empresa de la China, pasando el mismo en persona con casi todos los señores mayores de Japón, con trescientas mil personas, y tiene ya publicada esta empresa a todos, y ahora manda a Agustín Chunocamyndono a hacer dos fortalezas en dos puertos que están cerca de la isla de Firando, donde se ha de reunir toda la armada, y estos señores todos se van fuertemente aparejando haciendo muchas embarcaciones, y da Quambaco tanta prisa que dice que bajará a estos puertos, que ahora manda fortificar, en el mes de marzo, para a principio de mayo pasar a Corea y de ahí ir por tierra a China. Y con esto están todos los señores pasmados y van de muy mala voluntad a esta empresa, empero ninguno se atreve a replicar, y Quambaco ha distribuido a diversos señores y capitanes mucho mantenimiento y dinero para este efecto, porque dice que ya que se murió su hijo no tiene ahora otra cosa que hacer que dejar fama de sí yendo a esta empresa de la China, aunque en ella hubiese de morir. Mas como el tiempo es tan breve y van todos de mala voluntad no sé si se podrá efectuar este pasaje en el tiempo que él dice, o si se causarán con esta ocasión otras grandes alteraciones y mudanzas. Mas si él va, allá va también casi toda esta cristiandad, porque irán con él todos estos señores cristianos con la flor de su gente, de manera que ellos y nosotros vivimos ahora con otros nuevos trabajos y cuidados. ¡Dios Nuestro Señor, por quien es, dé a todo esto remedio!

Hoy, 22 de octubre de 1591.

Los que estamos ahora en Japón de la Compañía somos por todos ciento y cuarenta y dos, divididos en veintitrés casas que están //f. 251v // casi todas en las tierras sujetas a Agustín Chunocamyndono y a Don Protasio Arimandono y a Don Sancho Omurandono, su primo. Y en el Seminario están noventa y dos o noventa y tres mozos, repartidos en diversas clases, y con los demás dogicos y gente de servicio, que están en nuestras casas y tienen cuidado de las iglesias, pasarán de seiscientas y tantas bocas las que la Compañía sustenta en este Japón de

ordinario, por donde parece milagro poderse conservar en este tiempo estas casas con tanta gente. Y Dios Nuestro Señor que hace esto, hará también otros mayores para la conservación de esta cristiandad.

De vuestra Paternidad siervo en el Señor  
Alexandro Valignano



// f. 252 // CARTA DAS NOUAS DE IAPPAO PERA SE  
MANDAR A NOSSO PADRE GERAL

I Vía.

Japón 91

P. Alexandro Valignano. 3 (*sic*) de Outubro

Su embaxada y el poco efeto que hizo/  
con Quabacundono, el qual ni quiere/  
que se predique ni que queden los nuestros en/  
Japón.

Ay cosas de edificación.

Entraron los 4 nobles japones en la  
Compañía.

### III

El Padre Alejandro Valignano tuvo que volver a escribir, casi un decenio después, sobre varios de los hechos que relata en esta carta, en la ocasión de su extensa *Apología* (1598), y aparte el valor informativo de la carta en sí, el desnudo traslado del original portugués quiere servir para el cotejo de cómo escribió e interpretó los mismos acontecimientos cuando informa de ellos al Prepósito General Padre Claudio Aquaviva y cuando los considera en defensa de la obra de la Compañía de Jesus en la misión japonesa, que en tal episodio, la embajada de la que fue autor y protagonista, se convierte en defensa de su propia gestión como embajador y visitador.